

A los Lectores

PIDA en todos los puntos de
venta de España y a todos
los Corresponsales, los números
que le falten para tener comple-
tas las colecciones de las publi-
caciones de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

!! NO LO OLVIDE NI LO DEMORE !!

A los Corresponsales

Le interesa tener stocks de todos los
números de las publicaciones de

**La Novela Semanal
Cinematográfica**

Pronto: Grandes Concursos
Valiosos premios

Pida
detalles
!!

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA
Via Layetana, 12. - Teléfono 4423 A. - BARCELONA

J. Horta impresor. - Barcelona

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 270

25 cts.



**A CIUDAD
QUE NUNCA DUERME**

POR
Ricardo Cortez,
Kathlyn Williams,
Louise Dresser,

Filmoteca
de Catalunya



CRUZE, James

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción { Vía Layetana, 12
Administración { Teléfono, 4423 A

Año VI BARCELONA N.º 270

City that Never sleeps, 1924

* LA CIUDAD QUE NUNCA DUERME

Interesante película americana interpretada por el célebre galán RICARDO CORTEZ y las bellísimas "estrellas" KATHLYN WILLIAMS, LOUISE

DRESSER, etc.

Virginia Lee Corbin, Pierre Gendron,

Es una producción PARAMOUNT

Distribuida por

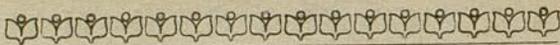
SELECCINE, S. A.

* *Dirección Cinemas Universal de Jeanne Ford*

en CRUZE/157 T. en Francés "Boite de Nuit"

Con esta novela se regala la postal-fotografía de

GEORG ALEXANDER



LA CIUDAD QUE NUNCA DUERME

Argumento de la película

Los esposos O'Day eran dueños de un importante bar, situado en un distrito obrero de Nueva York. Iban amasando una pequeña fortuna, y vivían felices con su hijita Molly, una chiquilla de pocos años que era el encanto del hogar.

Era la cantina sitio de reunión de gentes abigarradas. Obreros humildes que encontraban en ella la comida que no podían ir a buscar a sus casas, alejadas del radio fabril; hombres de vida extraña, a veces reñida con la justicia; mujeres que arrastraban la carga de su existencia miserable y que disimulaban sus penas bajo la máscara de una sonrisa falaz.

O'Day era un buen hombre en toda la extensión de la palabra. No faltaba pobre que él no socorriera; creía que el pordiosero era un enviado de Dios y lo atendía con espíritu generoso.

Un día, habiendo dado limosna a un desdichado, su mujer se encaró con él, y le dijo:

—Tim, tienes un corazón demasiado blando. No me parece muy cuerdo eso de dar todo lo que ganas al primero que se presenta.

—Eso no nos arruina, mujer...

—No olvides que tenemos una hija en quien pensar...

El padre dirigió una mirada a la chiquilla que jugaba en un rincón del bar, con una muñeca.

—¡Por Dios, no te preocupes por Molly!... Molly tendrá todo el dinero que necesite.

Y fué al mostrador a continuar su trabajo, después de dirigir unas palabras amables a su esposa.

Una parroquiana se acercó a O'Day y señalando a la niña que ahora hablaba con un individuo que pretendía darla de beber un gran vaso de cerveza, le dijo:

—Señor O'Day, hace usted mal en dejar venir a su hijita a este lugar.

El dueño corrió a separar la niña del catador de alcohol. Ande, no quería que hablasen con la pequeña.

Preocupado por la necesidad de que Molly no siguiera en la taberna, comprendiendo que una criatura no debía vivir en aquel ambiente de vicio, dijo a su mujer:

—Hace días que estoy pensando que una cantina no es el lugar más a propósito para criar como se debe una muchacha.

—Acaso no te falte razón.

En aquel momento entró en el bar, un hombre joven, de rostro enrojecido por el vino, acompañado de una chiquilla que apenas había entrado en la adolescencia. La muchacha miraba acobardada, con ojos tímidos, como si añorara todavía el hogar materno.

O'Day se dirigió a la pareja, y dijo:

—En esta cantina no se admiten menores... Vaya usted a su casa con su mamá, jovencita.

La joven, al conjuro del nombre amado, rompió a llorar, y gimió:

—¡Madre... madre!

Se adivinaba perfectamente a la criatura extrañada que al borde del abismo, se detiene para contemplar el pasado. Pero el seductor, dispuesto a no tolerar que O'Day se metiera en su camino, contestó:

—¿Y a usted qué le importa? Ella viene aquí porque me da la gana.

—¡Salga usted en el acto!

—¡No!

Y abalanzándose contra O'Day le dió un bofetón rotundo, seco, vibrante. El dueño palideció, pero re- puesto inmediatamente, cogió en vilo al forastero y lo echó al aire con facilidad extraordinaria, viniendo a caer en la salita contigua.

El sujeto, dolorido y enfurecido de cólera, sacó una pistola y disparó dos tiros contra O'Day que, poniéndose las manos sobre el vientre, se desplomó con una pesadez de muerto.

El disparo esparció el pánico en la taberna. El asesino quiso huir, y salió a la calle, corriendo a la desbandada. Pero dos policías que acudían a la cantina, atraídos por el tiro, inspirándoles sospechas aquel hombre que salía tan precipitadamente, procedieron a su detención.

Entretanto, O'Day agonizaba junto a su esposa y rodeado de varios clientes que comentaban ese trágico fin del buen amigo.

—Mañana, voy a dedicarme a buscar un sitio mejor... para nuestra... hija... Ahora no puedo... Me duele la cabeza... — dijo el agonizante, contemplando a su esposa con ternura.

El desgraciado, mirando por última vez a su mujer, dobló la cabeza, y quedó muerto.

Su último pensamiento era para aquella niña a

la que era necesario sustraer del ambiente de la cantina.

Y allí, junto al marido, la pobre mujer se retorció con el dolor brutal de lo imprevisto.



...dobló la cabeza, y quedó muerto.

—¡Pobre O'Day! — repetían los parroquianos—
¡Tan bueno como era!

Y muchos a quien el muerto había favorecido, lloraron de veras, su desgracia. ¡Pobre O'Day!

**

El abogado Corbin celebraba aquella mañana una importante conferencia con una de sus clientes: la señora Kendall, una viuda que había llevado hasta entonces una existencia de alta distinción.

—Señora Kendall, no le queda a usted casi nada

de su fortuna — le decía—. Creo que hasta me va a ser difícil evitar que la echen de su casa.

—Si me echan será lo mismo que condenarme a muerte.

—Los acreedores no tienen entrañas, señora Kendall, y caerán sobre lo que usted posea.

—Ya sabe usted que prefiero la muerte a la pobreza — dijo la viuda con elegante gesto, y levantándose—. De modo que busque usted algún medio para que yo pueda seguir sosteniendo mi lujo. De lo contrario, yo tendré que morir.

Se despidió de Corbin, sonriente, como una mujer plena de orgullo que no quiere descender de rango.

El abogado la vio alejarse, y sonrió, a su vez, tristemente, ¿Qué iba a hacer con la señora Kendall? ¿De dónde iba a sacar el dinero para salvarla de la peligrosa situación?

Poco después entraba en su despacho, la señora O'Day, dueña de la cantina que ya conocemos. Vestía tocas de viuda y en su semblante se adivinaba el hondo sufrimiento de su corazón.

El abogado se dispuso a atender la nueva visitante. El llevaba los asuntos del marido, asesinado tan villanamente, y era en cierto modo, consejero de la familia.

—Su esposo era un hombre previsor — le dijo—. El contrato de arrendamiento del café no va a vencer hasta dentro de cuarenta años. Podrá usted, pues, seguir con el negocio.

—Es mi mayor deseo... Y por el momento no me va mal... Este año voy a tener una utilidad de veinte mil dólares. Pero, amigo Corbin, he venido aquí para tratar de otro asunto.

—Mándeme usted...

La señora O'Day con gesto melancólico, pero decidido, continuó:

—Corbin, quiero evitar que mi hijita vea malos ejemplos... Pienso educarla lejos de la cantina... He de hacer de mi hija una señorita de la Quinta Avenida.

—¡Oh, no comprendo, señora!...

—Fíjese usted... Deseo hacerla olvidar que nació en una cantina... Quiero que se olvide de mí... Que otras manos cuiden de ella...

Parecía adivinarse un gran dolor al decir estas palabras. Pero al propio tiempo, una decisión, una serenidad absolutas. Ella, no había podido olvidar las palabras de su difunto marido que quería que Molly, la niña, permaneciese apartada de la taberna. Y con el alma saturada de ternura maternal, se separaría de la pequeña, ya que ella debía, por la ley de la necesidad, seguir en el establecimiento, ganándose, esforzadamente, la vida.

El abogado la contemplaba en silencio, como si no adivinara la verdadera intención de sus palabras.

—Yo entregaré mi Molly — siguió la señora O'Day — a una persona honrada y de refinada educación. ¿Sería esto posible con veinte mil dólares al año? Yo estoy dispuesta a pagarlos.

—Usted quiere decir que para dar un porvenir a su hija, sería capaz de entregarla a otra persona, ¿no es esto?

—Sí, señor. ¿Y podría usted encontrar esa persona?

—Lo intentaré.

La señora O'Day abandonó el despacho, después de recomendar a Corbin no diera largas al asunto.

El abogado, apenas hubo salido la viuda, ordenó a su pasante:

—Tan pronto haya llegado a su casa la señora Kendall, avíseme. Quiero hablarla por teléfono.

Al siguiente día, en la cantina la señora O'Day seguía su labor ordinaria. Esperaba impaciente co-

oír noticias de Corbin. Pero, entretanto, atendía a todo con aquella su amabilidad proverbial.

Ella cuidaba de todo. Un carro estaba parado ante una de las puertas de la cantina e iba a descargar varios toneles de cerveza. La señora O'Day se acercó a su conductor, saludándole cordialmente.

Kelly, el carretero del proveedor de cerveza, iba acompañado de su hijito Cliff, que estaba sentado en el pescante, y que era voceador de periódicos.

Molly apareció en la calle y se subió al carro junto a Cliff.

—Cliff, ¿piensas conducir un tronco de caballos como tu papá cuando seas un hombre? — le preguntó la niña.

—No, cuando sea grande voy a ser repórter — respondió el chiquillo, convencido.

—Cliff — dijo la niña con dulzura —, cuando yo sea grande, me casaré contigo.

Y se acurrucaron tiernamente uno junto al otro, como si adivinaran un futuro amor.

La señora O'Day, entretanto, había servido una copa de cerveza al señor Kelly, que agradecía esas cariñosas maneras de la señora.

Después de descargar la mercancía, Kelly se dispuso a continuar su camino.

Pero Molly protestó:

—Mamá, tú me dijiste que me dejarías dar un paseo en el carro. ¡Déjame ir, mamá!

—Ya pasearás, hijita, pero no en un carro de cervecería.

Y la cogió tiernamente en brazos, despidiendo al señor Kelly y a Cliff que las saludaban como los mejores amigos del mundo.

Poco después, el abogado Corbin entraba en la cantina.

—Todo está arreglado, señora O'Day... Por veinte

mil dólares al año, la señora Kendall se encargará de criar a su hijita como si fuese su sobrina...

Una mezcla de alegría y de dolor iluminó el rostro de la viuda.

—Pero será preciso mantener secreto el parentesco de la niña a la señora Kendall. Esta condición es indispensable — prosiguió el letrado—. La señora Kendall se llevará a la niña al extranjero.

La madre vaciló unos instantes. Vió a Molly que hablaba con una mujer de mala catadura, una caída que acariciaba su rostro angelical. ¡Oh, aquel ambiente, cuán dañino era!

Aunque sentía profundamente tener que separarse de su niña, haría gustosa ese sacrificio por su felicidad y su porvenir. No quería criarla entre aquellas gentes de baja moral, sino en una sociedad distinguida.

—¡Bueno!... ¡Estoy conforme!... — contestó, con voz firme—. Pero llévesela usted ahora mismo.

—Ahora...

—Sí, en el acto. ¡Sáquela de aquí!

Quería ser rápida en su decisión. ¡Le costaba tanto desprenderse de lo que más amaba! Si lo pensase mucho, tal vez volviera sobre su acuerdo. ¡Ahora, ahora mismo!...

Fué a buscar a Molly y la cubrió de besos, de abrazos delirantes. Luego, acompañada de Corbin, salió de la cantina, y entregó la pequeña al abogado. La besó otra vez con profunda pena.

Corbin entró con su preciosa carga en un coche de punto. Y la señora O'Day vió partir, acaso para siempre, a la niña de su corazón... Pero ella la vigilaría de lejos, averiguando si era feliz. ¡Adiós, tesoro del alma, Molly chiquitina!

Mike, un buen hombre, que había quedado como

encargado de la cantina a la muerte de O'Day, vió también marchar a la pequeña.

—Debe ser muy triste para usted, señora O'Day — le dijo—. ¡Perder a Tim y ahora Molly!

La viuda hizo un gesto de afirmación, y entró de nuevo en la cantina. Parecía ya otra. Daba órdenes y disposiciones como si no se acordara de su hijita. Ahora era necesario más que nunca trabajar de firme para ganar el dinero que necesitaba la educación de Molly.

**

Pasaron los años. Se desencadenó y pasó la guerra europea. La señora O'Day, dotada de un talento especial para el negocio, transformó la modesta cantina en uno de los "cabarets" más elegantes de Nueva York. Acudía allí la gente adinerada, los grandes industriales y banqueros de la metrópoli. Como si aquella ciudad no durmiese nunca, centenares de personas invadían de continuo el establecimiento de la señora O'Day, como una eterna mansión donde el baile, el juego y el vino ponían su trinidad de placer. Las noches se hacían interminables. Y al nuevo sol volvían los hombres al trabajo. Era una vida sin descanso, una ciudad eternamente despierta.

La señora O'Day había ido recibiendo noticias de Molly, que, convertida ya en una elegante joven, había recibido una educación selecta. Corbin, el abogado, se encargaba de transmitir noticias a la madre. Durante aquel tiempo, la renta de veinte mil dólares fué elevada a treinta mil, porque la niña crecía y era necesario más dinero.

A todo se avenía la señora O'Day con tal de que su hija viviera una existencia absolutamente honrada. La viuda era ya millonaria y podía permitirse

todos los lujos. Aunque seguía doliéndole la separación, la toleraba gustosa, porque sabía que el ambiente del "cabaret" hubiera sido pernicioso para Molly.

En el año 1919 se decretó la prohibición de bebidas alcohólicas. Su consecuencia fué el exorbitante número de contrabandistas que surgieron por todas partes. En los "cabarets" estaba prohibido el alcohol, pero, en los salones de algunas personas influyentes, se rendía culto a los vinos más selectos.

En el "cabaret" de la señora O'Day, la prohibición ponía también su velo. Pero así y todo, las músicas y el juego y el contrabando, que no faltaba tampoco en mayor o menor escala, hacían soportable la existencia.

La señora O'Day ponía su nota de severa elegancia en el establecimiento. Muchos se sentían orgullosos de conversar con ella, lo único a que aspiraban, pues sabían que, en tocante a otro punto, la señora O'Day era inexpugnable. Nadie se podía preciar de haber recibido el más pequeño favor. Con todos sabía ser amable y dulce, pero no admitía familiaridades.

Un elegante muchacho, llamado Marcos Roth, mujeriego y calavera, que se decía hijo de una familia de millonarios de California, bromeaba a menudo con la señora O'Day.

—Buenas noches, madre O'Day — le dijo una vez, al verla pasar por el salón principal del "cabaret".

— ¿Cómo va el negocio? Usted siempre limpiando los bolsillos de los ricos, ¿eh?

La señora O'Day contestó, entre risueña y enfadada:

— ¿Y usted por qué se preocupa no faltándole nunca una muchacha rica y tonta que esté dispuesta a pagarle la cuenta?

—¡Bah! ¡Lo que es eso no me falta, señora! — dijo el muchacho.

—¡Hay que compadecer a la pobre heredera que se deje conquistar por sus palabras melosas!

—¡Pues, ándese con cuidado que ya le tengo echado el ojo a usted! — siguió diciendo Roth, riendo.

—¡Ay, cabecita inútil!...

Y saludándole cariñosamente, se alejó de allí. Marcos rió de buena gana. Aquella señora O'Day era un buen partido, ¡diablo! ¡Lo que haría él con sus millones! Y no era tampoco fea, llevaba bien los años otoñales, con una madurez que le daba un encanto pérfido.

Ahora la vió de lejos, hablar con un muchacho, y comentó dirigiéndose a sus amigos:

—Ese joven que habla con ella es Cliff Kelly... El mejor repórter de la ciudad. Le conozco...

Efectivamente, la señora O'Day y Cliff conversaban animadamente. El muchacho, a fuerza de trabajo, había logrado escalar un puesto en el periodismo. Cultivaba la amistad de aquella señora que le conocía desde niño. Aquella noche le entregaba un diario, y le decía:

—Vea usted mi periódico. Acaban de nombrarme redactor...

—¡Oh, admirable!

La señora O'Day cogió el diario, felicitándose de que aquel chico comenzara a labrarse un porvenir. Pero, de pronto, sus ojos se fijaron en unas líneas que le turbaron:

NOTAS DE SOCIEDAD

La señorita Molly Kendall es una de nuestras más entusiastas deportistas. Pero el deporte que más le encanta es la equitación.

Todas las mañanas, de cinco a siete, la señorita

Kendall, montando su "pony" favorito, es una de las figuras más interesantes y atractivas en el paseo de brida del Parque Central.

¡Noticias de su hija! Saboreó por un momento aquel periódico que elogiaba a la niña de su corazón. Pero dándose cuenta de que Cliff la contemplaba extrañado, dijo, ocultando hábilmente su emoción:

—Me alegro de tu éxito, Cliff. ¿Te acuerdas cuando venías por aquí montado en el carro de tu padre? Recuerdo que una vez dijiste que algún día serías repórter.

—Y lo he conseguido...

—Eres un chico de voluntad...

Le dió unas palmadas cariñosas y quedándose el diario, se alejó de allí.

—Molly está entre lo mejorcito de Nueva York... Guardada por la atmósfera de una sociedad refinada — se dijo, con alegría.

Y la evocó en sueños viéndola feliz y en un ambiente aristocrático.

Indudablemente, la señora O'Day acertaba al creer feliz a su hija. Pero en cuanto a la sociedad refinada, era ya cosa de otro cantar. La atmósfera que envolvía a Molly era tan peligrosa como la misma del "cabaret".

La señora Kendall, mujer que vivía bien, gracias a los treinta mil dólares que anualmente le proporcionaba la señora O'Day por mediación del abogado sin que ella supiera su procedencia, admitía en sus salones a gentes de no muy recatada vida.

En su casa, se burlaban las órdenes de la prohibición y se hacía un consumo de bebidas alcohólicas que daba miedo.

Molly, que había salido poco antes de un internado para vivir ya en sociedad, ignorando en abso-

luto su humilde origen, se divertía de lo lindo con la libertad que reinaba en casa de su supuesta tía. Era de carácter divertido, bullanguera. Le habían dicho que su madre murió cuando ella era niña.

La misma noche en que la señora O'Day leyó aquel elogio de ella, Molly con varios jóvenes bebía abundantemente una porción de variados "cocktails". Los dados servían de medidor de la bebida. Las fichas, agitadas en un cubilete fijaban el número de copas que debían tomar los invitados.

Molly bebió tres copitas, de acuerdo con los dados. Pero como ya llevaba metidos en el cuerpo una porción de mezclados alcoholes, tuvo que retirarse del salón, ebria por completo y diciendo cariñosas y ridículas palabras a los invitados que comentaban riendo su alegre embriaguez.

—¡Esa Molly! ¡Esa Molly! — decía, contrariada, la señora Kendall.

La chiquilla cometió tontería tras tontería, y cuando fué conducida a viva fuerza a su cuarto, se dejó caer en el lecho, y a poco quedó profundamente dormida.

Al amanecer fué despertada por su camarera que abrió los balcones. Molly se negó en redondo a levantarse.

—No quiero salir. ¡Estoy cansadísima!

Como de costumbre, tenía que ir a dar su paseo a caballo. El baño estaba preparado, y Molly, bajo los soporíferos efectos de la anterior embriaguez, se levantó y tomó la ducha más que de prisa, dejándose luego caer en la cama, rechazando las prendas de su traje de amazona que estaban sobre el almohadón.

Fué inútil todo. Quedó pesadamente dormida, incapaz de nada, con una fatiga que imposibilitaba todos sus movimientos.

Entretanto, la señora O'Day aquel amanecer, al

plato, y para Molly todo era objeto de atracción y de novedad. Roth, junto a ella, la prodigaba sus cuidados. Pero de pronto, al ver pasar a la señora O'Day sintió el deseo de hablar con ella, y abandonó por un instante la mesa, después de decir a Molly que iba a saludar a la célebre madre O'Day... la dueña del "cabaret".

—Querida señora — dijo, sonriente al estrechar la mano de la viuda—. La caza de herederas millonarias no anda mal... Estoy prometido en matrimonio con una.

—¡La compadezco! — respondió sencillamente la mujer.

—¿No la conoce? Véala usted, está allí, en aquella mesa...

La señora O'Day quedó aterrada al ver, en la mesa hacia la cual miró, a su hija. ¡Su Molly, su muñeca de amor, separada de ella para evitar su contacto, viniendo al mismo "cabaret" de su madre!

Molly acogió a Roth con enfado.

—Andate con cuidado que soy muy celosa, y te he visto bromear con la madre O'Day.

—¡No seas tontina... Molly!

Pero la señora O'Day se presentó de improviso ante la mesa. ¡No podía tolerar que su hija siguiera allí!

—¡Váyanse de aquí, en seguida! ¡Váyanse a su casa!

—Pero, señora... — dijo Roth.

Todos intentaron protestar. ¡Ah, no, ellos no se iban! Qué absurdo era aquello. ¿Por qué tenían que marcharse? ¿Hacían acaso algún mal?

Y reían provocativamente de la señora O'Day, y era precisamente Molly la que arreciaba en sus bur-las.

—Mike — dijo la dueña llamando a su adminis-

trador—, si esta gente no quiere marcharse por las buenas, échelos de aquí por las malas.

La cosa comenzaba a complicarse. Roth vió en la actitud de la señora O'Day la resolución implacable de sacarles apelando a la violencia, y quiso evitar un



—¡Váyanse de aquí, en seguida!

escándalo. Pero indiscutiblemente la buena señora había enloquecido. ¡Echar a una gente como aquella que venía a gastar la plata!

—¡Vámonos! — ordenó a sus amigos—. Nada podemos hacer contra esa medida necia.

Todos se levantaron. Pero Molly, enfurecida contra aquella señora en quien reconoció a la mujer que la esperaba ante su casa, dijo:

—¿Sabe usted quién soy?

—¡Estoy bien enterada de quienes son los Kendall... y por esto no quiero a ninguno de ellos en

mi casa! — dijo la dueña, furiosa, pensando en el poco cuidado que la señora Kendall ponía con su protegida.

—Permítame que le dé las gracias por el divertido ejemplo de la mujer vulgar que acaba de darnos... madre O'Day — dijo Molly.

Marcharon todos. Antes, Roth, furioso, dijo a la señora O'Day:

—¡Ha insultado usted a la muchacha con quien he de casarme, pero ya se arrepentirá usted de esto!

La señora O'Day quedó un momento meditabunda. Acercóse Cliff, el periodista, que había presenciado la escena.

—Ese joven Roth, evidentemente un cazador de fortunas, debe ser un granuja... ¿Qué informes tiene de él? — dijo a Cliff.

—Lo averiguaré — respondió el muchacho—. Mas ¿por qué le interesa a usted tanto Roth... y la señorita Kendall?

Y entonces, descubriendo el gran secreto de su alma, ella confesó:

—Tú has oído que me llamaba madre, ¿verdad? Pues dijo la verdad sin saberlo. ¡Yo soy la madre de aquella muchacha!

—¿Usted? ¿De Molly? ¿Aquella muchacha es Molly?

Y evocó los años anteriores, unas palabras que la chiquilla había pronunciado y que no olvidaría nunca: "Cuando sea grande, me casaré contigo".

En un rincón, apartados de todos, la señora O'Day y Cliff trazaban su plan. Cliff sabía que la señora O'Day había entregado su hija a otra persona para que le diese una educación adecuada, pero hasta entonces había ignorado dónde estaba realmente Molly. Y aquel descubrimiento le emocionó.

Cuando Molly y sus amigos volvieron a casa de

la señora Kendall, explicaron lo ocurrido en el "cabaret".

—Apostaría cualquier cosa — dijo Roth—, que la señora O'Day tiene celos de Molly... Es posible que haya tomado en serio mis bromas...

—Le daremos su merecido — dijo la señora Kendall—. Voy a hacer valer mi influencia como presidenta de la Liga Antialcohólica, y haré que la policía le cierre el establecimiento.

Al día siguiente, en el despacho del abogado Corbin, la señora O'Day, con el periodista Cliff y el letrado, preparaban la trampa para Roth, que había sido citado a las doce.

Cliff roció la fosforera que tenía Corbin sobre su mesa, con un líquido especial que dejaba bien impresas las huellas digitales.

Apenas había terminado esta operación, cuando un criado anunció a Corbin que Roth estaba aguardando en la salita.

La señora O'Day y el periodista se escondieron en una pieza contigua, y Corbin se dispuso a recibir al supuesto millonario.

Entró Roth con aquella sonrisa cautivadora que le abría todos los salones.

—Mi querido señor. He recibido su carta. Aquí estoy a sus órdenes.

Sacó un cigarrillo y lo encendió con uno de las cerillas que había en la fosforera. Sus dedos rozaron ese aparato preparado convenientemente.

Los ojos de Corbin brillaron de satisfacción.

—Me han dicho que iba usted a casarse con Molly Kendall. ¿Es esto cierto? — le preguntó el abogado.

—En absoluto — dijo Roth, alegremente.

—Soy el abogado de la señora Kendall y ella me ha manifestado que desearía que le informase de la situación económica de su sobrina.

—Usted dirá...

—Molly no dispone de un centavo en su nombre... Depende enteramente de su tía para vivir. Y hasta la muerte de ésta, no podrá tocar ni un dólar.

Pero Roth, hábil maestro en el arte de la disimulación, contestó, a pesar de que la noticia venía a deshacer sus proyectos:

—Mi querido señor, amo entrañablemente a Molly. Mi fortuna basta y sobra para nuestras necesidades, así es que le suplico que no me importune con detalles que me ofenden.

—Era mi deber advertirle...

Roth saludó al abogado y se despidió con el mismo aire de benévola simpatía.

Apenas hubo el joven desaparecido, Cliff y la señora O'Day salieron de su escondite. El repórter, en un momento, con un pincel, recogió las huellas de Roth, que aparecían visiblemente marcadas en la fosforera. Luego, envolviendo ésta en un pañuelo, marchó de allí, para seguir sus gestiones.

En la escalera se toparon Roth y Cliff. El primero aparecía ahora visiblemente preocupado. Se saludaron cordialmente.

—Cliff, usted que es tan buen investigador, ¿quiere hacerme un favor?

—Usted me manda — dijo el repórter, sorprendido.

—A ver si me averigua el capital de que dispone Molly Kendall. ¡A usted no le será difícil el saberlo!

—Procuraré complacerle...

Cuando vió marchar a Roth, el periodista volvió al despacho del abogado a relatar el encuentro. Corbin estaba hablando con la señora O'Day. Todos quedaron sorprendidos.

—Mientras Cliff investiga por su cuenta — dijo

la señora O'Day, después de meditar un instante—, yo voy a poner en ejecución un plan que he ideado. Conozco la dirección del domicilio de Roth.

Y marchó de allí, serena y convencida de su triunfo. Tenía que defender a su hija de las garras de aquel hombre. Además deseaba alejarla también de la señora Kendall que ya no le parecía tan buena como antes.

Aquella misma tarde, Roth, en su casa, conversaba por teléfono con Molly.

—Muy bien, primor — le decía el joven—. A las ocho pasaré a buscarte...

Ella le contestó con un rumor de besos a los que contestó Roth de la misma manera. No le convenía romper aún con Molly, era necesario saber si efectivamente poseía o no fortuna.

El criado entró en la habitación diciendo que una señora que no quería dar su nombre, deseaba ver al señorito.

—Que pase.

Se trataba de la señora O'Day que habíase embellecido, pasándose toda la tarde ante el espejo para aparecer encantadora a los ojos de Roth. ¿Lograría su plan?

—¿Usted aquí? — dijo el joven, sorprendido.

—He venido a darle una satisfacción. Siento muchísimo lo que ocurrió anoche... Comprenda... tal vez no era yo dueña de mis actos... ¡No sé lo que ocurrió!

—¡Oh, señora!

Roth la miró con estupor.

La señora O'Day después de insistir sobre lo de la vispera, sentóse en un diván, y prosiguió:

—Me siento fatigada... Será tal vez que quiero hacer dinero demasiado aprisa... Me conviene descansar.

Le contemplaba suavemente como si implorara una

palabra dulce. Roth extrañado por la actitud de aquella mujer que la vispera les había expulsado, no podía ocultar su turbación.

—Esto es imposible — respondió—. ¿Quién atendería el café si usted no estuviese allí?

—Tengo un administrador muy hábil y honrado, y, además, con el dinero que poseo podría muy bien retirarme.

Nunca Roth la había oído hablar así. Y ahora, aquella mujer que pregonaba sus riquezas, parecía suplicarle una caricia. ¡Oh, quién sabe, tal vez una pasión por él, anidaba en el corazón de la señora O'Day!

—Tengo más dinero del que necesitaré mientras viva — siguió ella—. Además, el dinero no me importa... Soy sola... y vieja... Si hubiese una persona que me apreciase de veras, daría una fortuna...

Esta vez la estocada fué a fondo. Le miró frente a frente, como ofreciéndose. Por dentro, la señora O'Day se sentía contenta. Así, representando el papel de mujer enamorada, alejaría a Roth de Molly.

—¿Usted vieja? ¡Qué tontería! ¡Es usted joven y muy guapa! — dijo Roth, deliciosamente cautivado.

—¡Oh, no exagere usted!

—Sí, sí, guapísima! ¡Es usted guapísima!

La señora O'Day se levantó y brindándole la mano que Roth besó con pasión, le dijo:

—Tiene que ir a verme al café pronto... para demostrarme que no me guarda ningún rencor.

—¡Iré... iré... esta misma noche!

Quiso besarla, pero la señora O'Day le apartó hábilmente y salió de allí. ¡Bien, bien! ¡Aquel hombre era ya suyo! ¡Adelante! ¡Todo por su hija!

Roth, satisfecho, jovial, ante aquella hermosa mujer que de tan imprevisto modo le brindaba su fortuna, telefoneó a Molly diciéndole que aquella noche

no podía pasar a recogerla porque él tenía que salir de la ciudad para asuntos de negocios. Estaría unos quince días ausente.

Molly colgó el aparato, disgustada. No repitió los besos que invariablemente finalizaban toda entrevista



Quiso besarla, pero la señora O'Day...

telefónica entre los novios. ¿Por qué aquella ausencia?

Aquella misma noche, Roth fué al "cabaret" y bailó varias veces con la señora O'Day, que se mostraba exquisita con él.

Así pasaron quince días. Durante este tiempo, el periodista Cliff había examinado en vano las huellas digitales que tomara de Roth para confrontarlas con las que estaban en el registro de la policía. Sospechaba que aquel hombre pudiera ser un falsario. Ahora había entregado las huellas a varios agentes, que decían tener cierta pista. No perdía la esperanza.

Una noche, en el "cabaret", lleno como siempre de enorme gentío, que parecía habitar una ciudad siempre despierta, la señora O'Day y Roth bailaban apasionadamente, con los rostros casi juntos, una danza de moda. Se miraban a los ojos, con emoción. Tan



...la señora O'Day y Roth bailaban apasionadamente.

ensimismados se hallaban, que la música había ya terminado el baile, y ellos seguían en medio de la sala, cogidos, y abstraídos en su contemplación.

Luego, se dirigieron a una mesa contigua. Roth dijo a la señora O'Day:

—¿Cuándo me dará usted una contestación? La amo... la adoro... y quiero casarme con usted.

Olvidaba por completo a Molly para cortejar a esa dama millonaria.

—Esta noche le daré la respuesta — dijo la señora O'Day.

Y saludándole gentilmente, le dejó por unos momentos. Llamó a Cliff, habitual concurrente, y le dijo:

—Vete a buscar a Molly y tráela aquí tan aprisa como puedas.

Su proyecto iba realizándose. El repórter corrió a casa de la muchacha. Molly, que estaba reunida con varias amigas, le recibió cordialmente. No le reconocía, pero le fué simpática su juventud.

—Hemos pensado publicar un artículo acerca del quebrantamiento de promesa, y he venido creyendo que usted desearía hacer alguna declaración sobre este asunto. ¿Cómo rompió usted con Roth? — le dijo Cliff, sencillamente, después de dar su nombre.

—¡Ridícula mentira! — contestó Molly, con indignación—. ¿Cómo iba el señor Roth a quebrantar la promesa? El señor Roth hace quince días que salió de la ciudad.

—Señorita, está usted muy equivocada. El señor Roth no ha salido de la ciudad. Hace quince días que todas las noches va al café de la madre O'Day. Y ahora mismo estará allí.

—No puedo creerlo. Quiero verlo por mis propios ojos. ¡Oh, no es posible!

Corrieron los dos al "cabaret". La sorpresa de Molly fué inaudita al ver a Roth, su antiguo amor, en una mesa bromeando con la dueña del "cabaret".

—¡Aborrezco a esa mujer! — dijo, furiosa, a su acompañante.

—No la juzgue tan mal — le respondió Cliff—. La madre O'Day ha sacrificado su felicidad por una hija que ni siquiera la conoce.

Un camarero se acercó a Cliff para decirle que el sargento de policía Blake quería hablar con él. El repórter abandonó un momento a Molly.

Entretanto la señora O'Day que había visto a Molly, salió del salón, acompañada de Roth que sólo tenía ojos para su nueva amiga. Molly, loca de celos, siguió sus pasos, quedándose ante la puerta de la habitación donde acababan de entrar la señora O'Day y Roth.

La señora O'Day convencida de que Molly la escuchaba, decía a Roth:

—Roth, reconozco que me amas y siento mucho lastimar tu corazón, pero no es posible que yo sea tu esposa.

—Estoy loco por ti... te amo... — respondió Roth.

Molly sintió en su alma diversos anhelos. Le pareció indigno aquel Roth que estaba suplicante ante la señora O'Day. Y entró furiosa en la habitación. Su novio la miró con estupor. La madre con una sonrisa dulce.

—Madre O'Day, le doy a usted las gracias por haberme mostrado la clase de hombre con quien podía haberme casado — dijo la joven.

La señora quiso ir al encuentro de su hija que ella salvara de las garras de Roth, pero éste, llamando aparte a Molly, intentó convencerla.

—Molly, Molly... ¿cómo es posible que creas que fuera yo capaz de hacerle el amor a una vieja? He ideado esta farsa por tu propio bien. No me juzgues duramente. Te amo únicamente a ti. Dime que me crees...

Y habló con tal acento de sinceridad, con aquella simpatía que era su imán, que Molly sintióse de nuevo en su poder.

—Te creo, Roth — le dijo con ingenuidad.

—Pues nos casaremos mañana.

La señora O'Day tuvo que ahogar un grito, algo que salía de su alma. Pero se contuvo, no quería confesar aún toda la verdad. ¡Oh, todavía aquello no ha-

bía terminado! Les vió partir... Pero, corazón de madre, les siguió, dispuesta a no dejarse arrebatarse la hija.

Cuando llegaron al salón, unos policías cayeron



¡Con aquel hombre iba ella a casarse!

sobre Roth, quien desprevenido apenas opuso resistencia.

—Por fin caiste en nuestro poder — dijo el sargento Blackie—. Este hombre es un ladrón, un explotador de mujeres y en California le conocen por Elliot, el Barba Azul — explicó a los concurrentes atónitos.

Cliff, sonriente, con los brazos cruzados, contemplaba al miserable.

Molly, horrorizada, inconscientemente se abrazó a la señora O'Day... ¡Con aquel hombre iba ella a casarse!

Pero Roth, pálido, con un supremo esfuerzo logró desasirse de los policías y revólver en mano comenzó a disparar para abrirse paso. Fué una lucha inútil. Poco después, caía de nuevo bajo el poder de la justicia.

Molly, apretándose contra la señora O'Day, al oír el disparo, gritó, muerta de miedo:

—¡Madre! ¡Madre O'Day!... ¡Madre mía!...

Se abrazaba a ella, como una verdadera hija, olvidándolo todo en aquel ambiente de combate.

La señora O'Day, murmuró, dulcemente:

—¡Molly... hija mía... soy tu madre!... ¡Tú llevas mi sangre, tú eres toda mi vida!

La chiquilla, loca de emoción, apenas comprendía.

Poco después renació la tranquilidad. La señora O'Day, en su despacho, contó toda su historia a Molly, con un esfuerzo desesperado de su corazón... Y la niña, sintiendo el grito de la sangre, lloraba en brazos de la que le diera el ser, que ella creía muerta desde su infancia.

Entretanto, la policía clausuraba el local de la señora O'Day, por sospechas de que se expendían bebidas alcohólicas.

La señora Kendall, que extrañaba la ausencia de Molly, aquella misma noche fué llamada por teléfono por el abogado Corbin, quien enterado del caso, le dijo:

—La he llamado para decirle que Roth, el hijo de los Roth de California, está entre rejas... Y otra cosa... El dinero que la permitía a usted vivir lujosamente, provenía del café de la madre O'Day, que por su culpa han cerrado. Molly está con su madre, la señora O'Day.

La señora Kendall, desesperada, dejó caer el aparato, sollozando. ¿Qué había hecho? ¡Y ella cobraba

la pensión de aquel "cabaret", sin saberlo! ¡Ah, estúpida!

Y cambió por completo la decoración de la vida. La señora O'Day vendió el establecimiento por una pequeña fortuna a la señora Kendall que en lo sucesivo, en vez de traficar con bebidas alcohólicas en su propia casa, las expendería desde el cabaret. Como era mujer de influencia, logró la reapertura del local y poco después, éste abrió sus puertas, cobijando de nuevo a las gentes que no quieren dormir, que convierten la noche en festival de placeres.

Y Molly fué a vivir con su verdadera madre. Marchó a Europa con ésta y con el repórter Cliff, su antiguo compañero de infancia. Poco a poco, una gran amistad unió a los dos jóvenes. Recordaron hechos de la niñez, que hasta entonces habían permanecido olvidados en el corazón de la muchacha, y un día, en el mismo buque que los conducía a Europa se dijeron su amor...

—Molly... Hace muchos años me dijiste una vez: "Cuando yo sea grande, me casaré contigo..." ¿Te acuerdas? — le preguntó el periodista.

—Sí, Cliff... me acuerdo y te quiero.

Y un beso fundió sus labios sellando el nuevo amor.

FIN

PROXIMO NUMERO:

UN VIAJE ACCIDENTADO

Creación de CLAIRE WINDSOR, OWEN MOORE, etc.

Postal-fotografía regalo: EDNA PURVIANCE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Sale todos los miércoles

Precio: 25 cts.